



Cultura Obrera



EDUCACION

ORGANIZACION

EMANCIPACION

Portavoz de los Obreros Industriales del Mundo

Published every Saturday at 119 Charlton St., New York, N. Y., by Centro de Estudios Sociales

Editor P. ESTEVE
Manager ALF. RODRIGUEZ
119 Charlton St., New York City

VOL. II.
New York, N. Y.

NUM. 65.
18 June 1914

One Year \$ 2.00
25 Copies \$ 0.50
Single Copie \$ 0.05

ENTERED AS SECOND-CLASS MATTER APRIL 11, 1914 AT THE POST OFFICE AT NEW YORK, N. Y., UNDER THE ACT OF MARCH 3, 1879

El Buen Camino

Lo están siguiendo en este momento, dando el buen ejemplo, los trabajadores italianos. Tenían éstos emprendida desde hace tiempo, y trataban ahora de darle mayor empuje y coordinación, una campaña, que resultaba antimilitarista, pro Masetti y Moroni, dos compañeros caídos en las garras burguesas por haberse rebelado contra las leyes militares.

Ancona iba a abrir la nueva serie de mítins antimilitaristas, y el gobierno, temiendo la campaña, prohibió el mitin público que los trabajadores de Ancona, como tantos otros, tenían proyectado celebrar el día que se conmemoraba la proclamación de la Constitución. Decidieron entonces celebrar un privado, y, al terminarlo, salieron en manifestación por las calles. La policía y los «carabinieri» (guardia civil) quisieron impedirles el paso y produjo un tumulto, durante el cual dispararon sus armas contra el pueblo los agentes de la autoridad, matando a tres trabajadores e hirviendo a varios.

El hecho es infame, pero no nuevo. Puede decirse es ya lo usual en las manifestaciones de carácter justiciero. A tiros se acostumbra contestar a las reclamaciones populares. Para hacer hablar a los fusiles, basta una simple pedrada, cuando no un ¡viva! inocuo o algún alborozo. Pero lo que sí es nuevo, y bello, y trascendental, es como ha respondido esta vez el pueblo italiano.

En casos parecidos, se había opuesto a la violencia sangrienta del gobierno, la protesta, más o menos virulenta, hablada o escrita; esta vez se ha contestado con la huelga general, con la lucha cuerpo a cuerpo, con el levantamiento de barricadas, y no en Ancona solo, ni en alguna otra ciudad solamente, sino casi en toda Italia, encontrándose unidos en este esplendoroso movimiento las sociedades obreras de resistencia, los republicanos, los socialistas y los anarquistas; es decir, el pueblo todo.

Y, naturalmente, se han obtenido enseguida satisfacciones jamás otras veces conseguidas. Las mismas autoridades de Ancona se han visto obligadas a lamentar lo sucedido, y a izar la bandera a media asta en los edificios públicos en señal de luto, y a pagar de los fondos comunales los funerales de las víctimas, y a dar los nombres de los villanos «carabinieri» y policías que usaron sus armas y aun el número de tiros que cada uno disparó, prometien-

do castigar a los cuales. Seguro que todo esto no volverá a la vida a los muertos, ni se castigará de verdad (cosa que no deseamos, por ser enemigos del castigo) a los asesinos; pero evitará seguramente, y es esto de gran importancia, nuevas matanzas en manifestaciones futuras, y sobre todo enseñará al pueblo que no es con protestas verbales, ni interpelaciones a la Cámara que el pueblo se hace escuchar. Mientras el pueblo en Ancona obtenía cuanto pedía, los diputados lograban... un voto de confianza para el gobierno que acababa de declarar por boca de su jefe que aceptaba plenamente la responsabilidad de lo acaecido, siendo él que había dado la orden de prohibir los mítins.

Además, si por un hecho, grave, si, porque es siempre penosísimo el derramamiento de sangre obrera; pero no de capital importancia para el proletariado italiano no se ha producido casi una revolución (a la hora que escribimos no sabemos todavía como terminará el movimiento), ¿qué no es de esperar con este gallardo espíritu de solidaridad y afán de lucha demostrado por el pueblo italiano, el día que trate de resolver algún problema de carácter trascendental?

Nuestra potente arma, la mejor que esgrimir podemos los trabajadores, la huelga general, va siendo cada día más apreciada. No solo para dirimir contiendas económicas, si que también por cuestiones políticas y a veces casi solamente morales se recurre a ella, los trabajadores manuales generalmente y a veces también los profesionistas. Tras las generales nacionales, vendrán las internacionales, como a las parciales siguieron las generales del oficio, y después las de localidad, hasta llegar a las nacionales. Y si éstas son un principio de revolución, aquéllas serán su culminación.

Niéguelo cuanto gusten los interesados en obstaculizarla. Se engañan cuando suponen signos de aniquilamiento ciertos periodos de calma. Tal parecía Italia proletaria ocho días atrás y ahora arde de coraje toda. Así como la calma atmosférica presagia tempestad, la quietud es precursora de revolución.

No sabemos cuándo, ni por dónde comenzará ésta; pero huelgas como la que en este momento se efectúa en Italia dicennos que no está lejana. Aprovechemos la ocasión los revolucionarios para

demostrar que son los movimientos populares, energicos, revolucionarios los verdaderamente eficientes para desvanecerlas? No es, pues, mi intención en este momento intentarlo siquiera. Quiero solo, tomando oportunidad de un suceso que acabo de leer, señalar las víctimas ignoradas que ocasionan.

Esta vez no se trata de ningún pobre, y si de gentes ricas. Los periódicos han sido poco explícitos, pero bastante insinuantes para comprender que una estúpida preocupación ha causado una muerte infame. La noticia de crónica cuenta sólo que dos jóvenes, de familias ricas ambos, tras un par de años de amorosas relaciones, casáronse, y que, a los ocho días de efectuado el matrimonio, cuando amigos y amigas, creíanlos gozando, lejos del barullo de la ciudad, de una deliciosa luna de miel, sábase que la recién casada ha muerto en el hospital, víctima de una operación ilegal. Al siguiente día de casada, de acuerdo con el marido, fué la esposa a casa de una comadrona para ser operada, y habiendo resultado de la operación una peritonitis fué llevada, demasiado tarde, al hospital, donde murió.

¿Véis claro el asunto? Seguramente ambos jóvenes, queriéndose, amándose mutuamente de verdad, diéronse el uno al otro completamente, tal como deben darse los que verdaderamente se aman, y originaron otra vida. Sabiendo que es considerado libertinaje el amor no legalizado, decidieron unirse en matrimonio para reparar el desliz... irreparable estando imbuidos del falso principio, de la preocupación, que considera pecado, deshonrosa la conjunción sublime de dos cuerpos cuyas mentes arden de amor si no han cumplido el ritual religioso o determinadas fórmulas civiles.

Dando a luz a un vástago antes del periodo normal, ¿quién era capaz de detener la maledicencia? Se hubiera no sólo descubierto la «falta» cometida, si que probablemente supuesto que el marido no era el padre del neonato, que la madre era una «cuálquiera»; ¡qué de malicias hubieran insinuado las comadres y los compadres como se hubieran reído! Los esposos temieron sorprender burlescas guiñadas de ojo, irónicas sonrisitas, pullas ofensivas a su conjunción... prematura cuando menos, y pensaron en quitar el cuerpo del delito, el feto en embrión, y cayó con el la «delincuente.»

¿Cuántas otras víctimas ignoradas no causará la misma preocupación? ¿Cuántas jovencitas candidas, apasionadas, que amando se crean amadas, que gozarán las dulzuras del querer olvidando anacronismos ridiculos, tendrán que recurrir a operaciones peligrosas para evitar el ser madres temiendo el desprecio social? ¿Cuántas, creyéndose fuertes para arrostrarlo, caerán al fin vencidas ante el anatema o el vacío, acabando también en el hospital, tísicas o sífilíticas según hayan tenido que pasar por la fábrica o por el prostíbulo? Si los ricos, disponiendo de medios para imponer sumisión y aun aparente respeto, no necesitando preocuparse de las minucias —que en los pobres son el todo— de la vida material, pudiendo apartarse de quienes no les simpaticen, véñse forzados a recurrir a tales medios, ¡pensad lo que sucederá a los pobres!

Y, de otra manera, ¿quién es capaz de contar, ni saber, las víctimas que causan las prejuicios religiosos, políticos, económicos y las mil y una preocupaciones de ellos derivadas, no sólo entre los pobres, si que entre los ricos también?

Tengamos para la mujer que ama, para toda buena madre, simpatía, cariño, jamás desprecio. Declaremos bien alto que para amarse no se necesita permiso de ningún cura, ni juez, ni siquiera del beneplácito de la pública opinión. El amor es la vida, y para vivir no hay que pedir permiso a nadie.

Lirio Rojo.

Nunca ha habido una guerra buena ni una paz mala.

BENJAMÍN FRANKLIN.

Panorama Universal

Merece esta semana el primer puesto Italia. La heroica tierra que vió nacer a Brescia y Angiolillo, escribe en estos momentos, una página brillante en el libro de las reivindicaciones: de un extremo a otro de la península adriática, el proletariado se ha levantado como por mágico resorte, y ha empuñado la batalla.

¿Cuál fué la chispa de este incendio? Debiéndose celebrar el día 7, la constitución de la unidad italiana, los burgueses, a quienes les vá tan bien; los sacerdotes, que engordan siempre más apesar de su fingido encono contra los Saboya; y éstos, que son los jefes de bandidos que roban a la nación, preparan grandes solemnidades, hermosos espectáculos en todas las ciudades y pueblos, que aparecían recubiertos de banderas por todas partes.

Pero los trabajadores revolucionarios, que conocen todas las iniquidades cometidas en nombre de la patria y la bandera; los revolucionarios que han visto como se desangra al pueblo en la empresa libica, quisieron recordar en medio de sus fiestas a los satisfechos, que dos hijos del pueblo (Antonio Moroni y Augusto Massetti), están sufriendo mil torturas, solo porque se rebelaron cuando se les conducía al matadero africano.

Con este fin, para el día de la fiesta, estaban señaladas varias reuniones públicas de protesta, en distintas ciudades; todas fueron prohibidas por órdenes directas de Salandra, el presidente del Consejo, el Maura italiano; sin embargo, los revolucionarios de Ancona, no quisieron doblegarse a la estúpida orden del gobierno, y se reunieron, aunque en una posesión privada, y fuera de la ciudad. Más, los carabinieri, los guardias de pública seguridad, tenían, como es su costumbre, sed de sangre proletaria, y pretextando cualquier cosa, dispararon sus armas contra los reunidos en el mitin.

Dos trabajadores cayeron muertos en la primer descarga, y cuarenta fueron los heridos de ambas partes, pues aunque desarmados, nuestros compañeros hicieron frente a la esbirralla.

Apenas difundida la noticia, un fuego de indignación ardió en el proletariado: la primera a proclamar la huelga general fué la ciudad de Ancona, donde el pueblo en la calle, obligaba a cerrar todos los comercios, y arrancando de las astas el trapo nacional, lo arrastró, poniéndole del color que

